

Regresa Inés

Primera Categoría: Sobre Villahermosa y el Campo de Montiel.

No sabía bien cómo me sentía el último verano que bajé de visita a la casa del pueblo, antes de que muriera mi abuelo.

Mamá preparaba galianos en una ceremonia de honra, sacrificio o perdón hacia los pequeños dioses de la infancia y del recuerdo. Y en un palpito lento o natural, como el ritmo del pueblo y el latir del Cañamares, discurrían en la mente de mamá y en la mía, al mismo tiempo las mismas conjeturas. Los dos sabíamos, sin confesárnoslo, que nos preguntábamos lo mismo sin querer respondernos: ¿fuimos más felices mamá y yo en nuestra infancia, más felices de lo que éramos ahora, si es que ahora lo éramos?

Me sentaba en el corral a contemplar aperos y aparejos de mi abuelo. Pasaban las horas de mi pubertad mientras sentía cómo cambiaba mi cuerpo frente a aquel museo de la memoria, que se desvanecía en el esfuerzo por olvidar el hambre y la ingratitud de los tiempos duros, aunque el abuelo parecía más feliz al recordarlos.

Sólo podía yo adivinar el uso que él habría dado a aquella cesta de paja, cuando llevaba en ella un mendrugo de pan, un pedazo de queso y una tajada de panceta salada a trabajar, o al *corte*, como el abuelo solía decir. No sabía yo que esa cesta se llamaba *barja*, que la paja era esparto y que el ható sabía al amor que la abuela no cantaba. Ni podía yo comprender que, para el abuelo, no había distinción entre lo que era trabajar y lo que era vivir, tal

como él entendía vivir: aquello para lo que se necesitaba dinero, es decir, trabajo, que te hace hombre y es para lo que hemos nacido.

Puede que esa concepción fuese la mayor de nuestras diferencias: el abuelo era un hombre recto, de azada y refranero, y yo de calle y poemario. Para mí, el trabajo era un mal necesario y para él, la rutina que no se cuestionaba porque había que ganarse cada noche el sueño, a veces en un jergón de paja sobre el poyo de la quintería, otras al raso sobre espanto de cansancio y lana, y los domingos, pensaba yo, sobre un cómodo colchón. “¡Ay zoquete!”, me habría dicho él al expresarle mis pensamientos, sin saber que el zoquete era lo que veía colgando de la pared enjalbegada, al lado de la hoz. Y se ve que también tocó el tambor en la banda del pueblo, o si no, ¿qué serían esas claves atadas con un corderillo? Entonces yo no sabía que eran aciales, no sabía por qué estaban colocadas al lado de las herraduras y de esa lija grande que, cómo iba yo a saber, era para los cascos de las mulas.

Hoy se nublan en mi memoria recuerdos o ensoñaciones de años pasados. El abuelo sabía cuándo iba a llover por el vuelo de las golondrinas. Se encendía un Celtas Cortos para mirar las nubes color panza de burra, apoyado en la azada mientras decía: marzo ventoso y abril lluvioso, hacen a mayo florido y hermoso. Y cuando lo decía, la tierra le escuchaba, pensaba yo, pues ese año el candeal crecía fuerte y cuajaba rápido.

A la abuela la recuerdo con la alpargata en mano “¡Otra maceta *pa* los geranios de la Virgen!”, porque había roto otro botijo al dejarlo caer por el peso; mis tías animándome a meter la pilila entre las rejas del gallinero para mear a las gallinas que acudían buscando un gusano; la nieve y los carámbanos en el alero del tejado las mañanas siguientes a colocar el Belén; las tejas rotas en los tejados donde aprendería las primeras fechorías: colarme en la huerta del vecino a robar higos, tirar piedrecillas de cemento al gato de

la vecina, escribir palabrotas con perfecta caligrafía en el cuadernillo *RUBIO* que había robado de la cartera de Rubén, la pérdida pedorreta de la zambomba mientras el abuelo raspaba con una cuchara la botella de anís tras beberse uno o cinco sol y sombras y adivinar con un tizón la promesa de bigote sobre mis labios inocentes. Labios que en la alameda del Cañamares aprendieron la blasfemia y también el primer beso, ese que, sin saberlo, buscaría toda la vida.

Y rememoro, al pasarme el dedo sobre la cicatriz de la frente, la pedrada recibida en la era, en ese mismo instante a partir del cual el juego dejó de ser juego y se hizo realidad, manando a borbotones de la brecha, estrujando mi lengua en lo venidero contra un estropajo de acero, cegándome la luz del desconcierto, mientras un primo mío que pasaba por allí me llevaba en bici al centro de salud, volando sobre calles cotidianas y trasmundos cualesquiera.

Sí, fue una pedrada en la frente recibida en la era, la que vino a definir lo que suponía la realidad. Pero no definió lo que no era real, y tras la pedrada resultó más difícil identificar el límite exacto entre cuchillo y seda, entre la alegría de hacer un pito con las hojas de aligustre y ser un paleta de pueblo.

“Paleta de pueblo”. Así me llamaron en la ciudad. Me prohibieron imitar el canto de los pájaros. Me obligaron a aprender nuevos códigos: no se podía ir a ninguna casa sin llamar antes por teléfono, no se podía jugar en la calle hasta la hora de la cena, no había que tratar al maestro con respeto, no podías hablar con los chicos mayores...

Esos eran los límites definidos. Los límites no definidos eran pedradas más finas, hechas de insultos refinados y miradas de rechazo femenino. Los límites definidos estaban en el patio del instituto y, al llegar a casa, llegaban los límites indecisos: el desfile de confusión, buscarme un lugar en el que encajar en el mundo, mientras recordaba con nostalgia los juegos de verano

en un pueblo cada día más lejano. Ya iba entendiendo que la ciudad sería mi escenario y esa rendición aumentaba la nostalgia de mi antiguo hogar. Recordaba la ribera del Cañamares, la del primer beso.

Discurría al fondo de una humilde hoz, lo suficientemente profunda para ser poblada de metáforas cuando me hiciese escritor, otro juego que implicaba haber dejado de jugar y conocer las reglas para saltarlas, buscando recuperar aquel río que se escapó. Y sigue el mismo río al fondo de la misma hoz, pero tras el primer beso, aquel valle se fue llenando de vallas, la vida se fue llenando de términos: termina la infancia (el valle, la nava florecida, los paseos en bicicleta a buscar cangrejos) y empieza el exilio del pueblo, de la ciudad, de mí mismo. ¿Habrà pensado estas cosas mi abuelo, él que nunca salió del pueblo?

Con los años fui adaptándome a la ciudad: amigos, borracheras en los parques, canciones rockeras gritadas en las calles, olvidar a marchas forzadas los juegos de la infancia rural. En qué momento dejé de añorar el pueblo, el momento exacto en que dejé de ser niño. Otro límite sin definir.

Creo que fue con catorce años el último verano que bajé a visitar a los abuelos, tras varios años sin hacerlo.

- El niño no sirve *pa na*, para esto se han ido a la ciudad, aquí se hubiera hecho un hombre de bien llevando las tierras, gritaba mi abuelo.
- No le hables así al muchachico, que no va a querer volver; termínate el postre y te vas a visitar a tus amigos, a ver si te echas una novieja en el pueblo, me defendía mi abuela.

Quién iba a querer hablar conmigo de libros y canciones de rock en aquel pueblo.

Y sin embargo fue aquel el verano mágico, el verano inolvidable en la vida de cualquier persona, aquél al que siempre queremos regresar, el del primer beso.

Se llamaba Inés. La hierbabuena exaltada se arremolinaba fuera de sí misma, escapaba de sus hojas el terciopelo, trepaba por la madreSelva su aroma, y fui a encontrarlo en su boca. Quise atraparlo, pero las noches eternas de verano duran menos que el aroma de la hierbabuena. Era dos años mayor que yo, de otro pueblo, visitaba a sus primas.

- Creo que me he enamorado...
- Bueno chaval, no te animes tanto que solo has sido el premio de la verbena.

Y otra pedrada, otra cicatriz indeleble eternamente repetida cada rechazo, cada ruptura, cada espejo roto, cada onda del Cañamares que repite su risa burlona... vete ahora a diferenciar lo que pasó y lo que soñaste, a trasvasijar durante años el néctar de la madreSelva rebosando de las aristas de la noche de aquel verano inolvidable del primer beso.

Aquel verano todo en la casa chirriaba a lucha entre la infancia anodina que había dejado atrás y el hervidero de ideas e inseguridades de la adolescencia. Las cosas a las que nunca había prestado atención se sentían hostiles. Y amenazador sentí un escalofrío en mi nuca al mirar el almanaque de antes de que naciera, enmohecido en la pared desconchada del zaguán, aumentando la angustia o el regocijo de la ilusión del tiempo detenido. El almanaque venido de la imprenta de lo inservible y la metáfora, con la Virgen de la Carrasca y el

niño Jesús en su regazo, vistiendo tan blancos, más blancos todavía en la contraposición con su tez morena. Y no sabía tampoco si aquellos inmensos y pacíficos ojos me perdonaban, no sabía qué, o si me incitaban a buscar una paz que más bien confundía con aburrimiento o espanto.

La voz de la abuela María me sacó de golpe de mi embeleso:

- La de velas que le he puesto para que te cuide.
- ¡Ay, abuela, qué susto me has dado!
- Siempre le pido a la Virgen por ti, cariño.
- Poco puede hacer por mí esa escultura, abuela.
- Qué barbaridades dices. Si siguieras siendo un chaval, te lavaría la boca con jabón. Pero ya eres un hombre. Y no volverás.

Creo que fue la única vez que le escuché esa palabra, *cariño*. En aquel momento, en mi insolencia adolescente, no reparé en que esa conversación fue una despedida, una caricia, un rito de adultez y una condena que me ayudaría en el martirio de la escritura, rosario de letras para expiar pecados insospechados.

Aquel año también fui con el abuelo a estallicar olivas. Nuestra despedida fue aún más tosca.

- Para qué quieres aprender las cosas del campo, si ya te has marchado a la ciudad.
- Eso digo yo.
- Este pozo lo cavamos a mano tu abuela y yo. Acuérdate de nosotros si vuelves a verlo.

Años después, sentí de nuevo la misma culpa que experimenté al contemplar los ojos de la Virgen. Culpable de haber dado la espalda a mi infancia y a su lugar; culpable de dejar morir sola a la abuela, con la única compañía de una Virgen que adoraba; culpable de haber dejado de subir a los tejados donde la maldad era pura inocencia; culpable de seguir buscando la madreselva de la noche del primer beso.

Después de morir el abuelo, la abuela duró solo dos o tres años más con la única compañía del almanaque enmohecido de la Virgen de la Carrasca, en una pared desconchada por el recuerdo. Me dejaron unas cuantas olivas y algunos pedazos en herencia, tierras que ni siquiera me digné a ir a ver y que mi madre arrendó a un compañero mío de la escuela (Rubén, el de los cuadernillos de caligrafía que mancillaba en los tejados), el cual nos hacía llegar cada año la tercera parte de la ganancia.

Rubén ya ha corregido su letra y ya no lleva las tierras, ahora somos de nuevo amigos. He aprendido, con su ayuda y la del resto de socios de la cooperativa, a cultivarlas yo, en ecológico.

Intento ir siempre que hay faena al pueblo, a la casa de los abuelos. Pero siempre hay faena en el campo y además nos hastía la ciudad, no es un buen lugar para los hijos que esperamos. Así que estamos pensando instalarnos allí definitivamente: queremos revivir la tierra que nos vio nacer. Buscamos renacer en ella, Inés y yo.

La reencontré en una verbena de la ciudad, sin la magia inicial de aquella noche en que nos conocimos, hasta que, conversando, nos dimos cuenta:

- Yo soy de un pueblo del Campo de Montiel.
- ¡Arrea! Yo también.
- ¿Sí? Qué casualidad, ¿de cuál?

- Se llama Villahermosa.
- ¡Adiós...! Yo soy de Almedina.
- ¿En serio?, pues me recuerdas muchísimo a la chica de mi primer beso, que era de allí.

Y el Cañamares hirvió entre nosotros.

He llevado a la tumba de los abuelos el almanaque de la Virgen, doblado en el arconcillo de madera de sabina en el que ella guardaba su rosario. He intentado comprar también un paquete de Celtas Cortos para el abuelo, pero la estanquera se ha reído de mí.

- ¿Sabe usted la de años que hace que no los fabrican? Ni los de mi quinta los fumaban ya.
- Bueno, los mismos años que llevo yo sin abandonar los recuerdos del pueblo y huyendo de ellos, suspiré. Mi abuelo los fumó hasta su última noche.
- ¿No me digas que eres el nieto del Zurdo Alcantarica?
- El mismo.
- La de tejas que me has roto en el tejado, hermoso... ¡Cómo has crecido!
- Más de lo que me hubiera gustado.

Sí, el abuelo bajaba del tractor y se echaba un Celtas. Cerraba la barja y entre buchito y buchito de la bota, se echaba otro Celtas. Llegaba por la noche del corte, se embadurnaba la cara con la brocha de la espuma de afeitarse y, mientras se afeitaba a navaja, se fumaba un Celtas. Me dejaba estar en un rincón del baño si no hacía ruido, contemplando el ritual, él vestido en camisilla y yo oliendo el polvo, la mies y la grasa del remolque en su camisa.

Cuando terminaba, yo salía del baño. La abuela había preparado mi cena preferida. Era la misma cada noche: chuletillas de cordero con un huevo frito. Primero cenábamos ella y yo, después él. Luego venía el último Celtas del día, que al día siguiente había que madrugar.

Siempre había que madrugar, incluso cuando no había que hacerlo. La abuela se levantaba un rato después, antes de que pasara el panadero en su C4, que era mi despertador. Me levantaba, iba al baño a vaciar el bacín, y me ponía a ver los dibujos animados, esperando a que la abuela María trajera mi desayuno favorito: un vaso de Cola-Cao con magdalenas que devoraba sin dejar de mirar la tele, metiéndome media mano en la boca. Luego volvía la abuela a recoger el desayuno, a limpiarme las comisuras con una esquina de la servilleta y las legañas con la otra.

Mientras recorro el olivar que me legaron, sé que en las aceitunas están los ojos de mi abuela; en los troncos, las arrugas de mi abuelo; en el pozo su honor de huesos rotos. A él se asomarán con orgullo nuestros hijos.